

El autobús perdido

John Steinbeck

El autobús perdido

John Steinbeck

Traducción de
Federico y Antón Corriente

Título original: *The Wayward Bus*

© John Steinbeck, 1947

Copyright renovado: Elaine Steinbeck,
John Steinbeck IV y Thom Steinbeck, 1975

© De la traducción: Federico y Antón Corriente

© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.

Avda. de la Aviación, 24, bajo P - CP: 28054 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057 - info@nordicalibros.com

www.nordicalibros.com

Primera edición en Nórdica Libros: febrero de 2021

ISBN: 978-84-18451-24-9

Depósito Legal: M-2234-2021

IBIC: FA

Thema: FBA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos

(Salamanca)



Diseño de colección: Filo Estudio e Ignacio Caballero

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PARA GWYN

*I pray you all gyve audience,
And here this mater with reverence,
By figure a morall playe;
The somonyng of Everyman called it is
That of our lives and endyng shewes
How transitory we be all day.*

EVERYMAN¹

¹ Ruego me escuchen todos / y oigan con reverencia esta cuestión / en forma de comedia moral; / que la llamada de Everyman lleva por nombre / y de nuestras vidas y su final muestra / cuán pasajeros seremos siempre. (*Todas las notas de esta edición son de los traductores*).

CAPÍTULO 1

A sesenta y siete kilómetros al sur de San Ysidro, yendo por una gran carretera que va de norte a sur en California, se llega a un cruce de caminos que desde hace unos ochenta años recibe el nombre de Rebel Corners. De aquí sale hacia el oeste y en ángulo recto una carretera rural que, pasados setenta y ocho kilómetros, enlaza con otra carretera de norte a sur que va desde San Francisco a Los Ángeles y, por supuesto, a Hollywood. Todo aquel que quiera ir desde el valle del interior hacia la costa en esta parte del estado tiene que tomar la carretera que arranca de Rebel Corners, va serpenteando entre montes y algo de desierto y atraviesa tierras de labranza y montañas hasta que, por fin, alcanza la carretera costera, justo en plena ciudad de San Juan de la Cruz.

Rebel Corners recibió su nombre en 1862. Se cuenta que una familia, de apellido Blanken, tenía una herrería en el cruce de caminos. Los Blanken y sus yernos eran paisanos de Kentucky, pobres, ignorantes, orgullosos y violentos. Como no poseían muebles ni propiedades, vinieron del este con lo que tenían: sus prejuicios y su política. No eran dueños de esclavos, pero aun así estaban dispuestos a vender caras sus vidas en defensa del libre derecho a poseerlos. Al comenzar la guerra, los Blanken hablaron de volver a atravesar el inconmensurable oeste para luchar por la Confederación, pero el camino era muy largo, lo habían recorrido ya una vez y estaba demasiado lejos. Y así fue como, en una California en la que predominaba el apoyo al norte, los

Blanken llevaron a cabo su propia secesión de ciento sesenta acres y un taller de herrería, separándose de la Unión e integrando Blanken Corners en la Confederación. También se dice que cavaron trincheras y abrieron vanos estrechos para los rifles en los muros del taller, con el fin de defender aquel islote rebelde de los odiados yanquis. A todo esto, los yanquis, que en su mayoría eran mexicanos, alemanes, irlandeses y chinos, lejos de atacar a los Blanken, se sentían más bien orgullosos de ellos. Los Blanken nunca habían vivido tan bien, pues el enemigo les traía pollos, huevos y salchichas de cerdo en época de matanza, gracias a que todo el mundo pensaba que, sin reparar en la causa, semejante valor merecía un reconocimiento. El lugar recibió el nombre de Rebel Corners y lo ha conservado hasta hoy.

Después de la guerra los Blanken se volvieron vagos, llenos de odios y agravios, y surgieron pleitos entre ellos, como sucede con todas las naciones derrotadas, de modo que al evaporarse con el fin de la guerra el orgullo que inspiraban, la gente dejó de llevarles los caballos a herrar y los arados para cambiarles la punta. Al final, lo que no pudieron hacer los ejércitos de la Unión por la fuerza de las armas lo hizo el First National Bank of San Ysidro extinguiendo su derecho a redimir la hipoteca.

Ahora, cosa de ochenta años después, nadie recuerda gran cosa de los Blanken salvo que eran gente muy orgullosa y muy desagradable. A lo largo de los años siguientes la propiedad cambió de manos muchas veces antes de ser incorporada al imperio de un magnate de la prensa. La herrería ardió, fue reconstruida y volvió a arder, y lo que quedó fue convertido primero en taller mecánico con surtidores de gasolina, luego en tienda-restaurante-taller y además estación de servicio. Cuando Juan Chicoy y su mujer lo compraron y obtuvieron la licencia para hacerse cargo de un servicio

de transporte público entre Rebel Corners y San Juan de la Cruz, se convirtió en todas esas cosas, y por añadidura, en estación de autobuses.

Los rebeldes Blanken, por la vía del orgullo y de una facilidad para darse por ofendidos que constituye la piedra de toque de la ignorancia y la pereza, desaparecieron de la faz de la Tierra, y nadie recuerda qué aspecto tenían. Rebel Corners, sin embargo, es bien conocido, y a los Chicoy se los quiere bien.

Detrás de los surtidores de gasolina había un pequeño comedor con una barra y banquetas fijas redondas, así como tres mesas para aquellos que quisieran comer con algo más de ceremonia. Estas no se usaban a menudo, pues la costumbre era dejar propina a la señora Chicoy si le servía a uno en la mesa, y no dejarla si lo hacía en la barra. En el primer estante tras la barra había bollos dulces, caracolas y rosquillas; en el segundo, sopas enlatadas, naranjas y plátanos; en el tercero, cajas individuales de copos de maíz, de arroz, Grape-Nuts y otros cereales maltratados. En uno de los extremos, detrás de la barra, había una plancha; al lado de la plancha, un fregadero, grifos de cerveza y soda junto a este, recipientes de helado junto a los grifos, y sobre la barra misma, entre los servilleteros, las ranuras para las monedas de la gramola, la sal, la pimienta y el ketchup, estaban a la vista los pasteles bajo grandes cubiertas de plástico. Las paredes, donde les quedaba espacio libre, estaban abundantemente decoradas con calendarios y carteles que mostraban a unas chicas radiantes e inverosímiles con pechos enormes y sin caderas, rubias, morenas y pelirrojas, pero todas con el mismo busto muy desarrollado, de modo que un visitante de otra especie quizá dedujera a partir de las obsesiones del artista que la capacidad de procreación residía en las glándulas mamarias.

Alice Chicoy, es decir, la señora de Juan Chicoy, que se afanaba entre aquellas chicas deslumbrantes, tenía las caderas

anchas, el pecho caído y caminaba bien erguida sobre los tacones. No sentía celos en absoluto de las chicas de los calendarios y de la Coca-Cola. Nunca había visto a ninguna que se les pareciera, y no creía que nadie más hubiera visto tal cosa. Freía sus huevos y hamburguesas, calentaba sus sopas de lata, tiraba cerveza, sacaba helado con su cuchara de helado, y antes de que se hiciera de noche le dolían los pies, cosa que le ponía irritable y de mal humor. Según iba pasando el día, se le iban aflojando los rizos planchados del pelo, de manera que le colgaba húmedo y grasiento sobre la cara; primero lo apartaba con la mano, para luego acabar soplando para quitárselo de los ojos.

Junto al comedor había un garaje reconvertido a partir del último de los talleres de herrería, con el techo y las vigas todavía ennegrecidos por el hollín de la antigua fragua, y era aquí donde oficiaba Juan Chicoy cuando no conducía el autobús entre Rebel Corners y San Juan de la Cruz. Era un hombre bien plantado, Juan Chicoy, medio mexicano y medio irlandés, rondando los cincuenta años de edad, con unos ojos negros de mirada penetrante, una buena mata de pelo y un rostro moreno y hermoso. La señora Chicoy estaba locamente enamorada de él, y también le temía un poco, pues era un hombre, y hombres no había muchos, como tenía comprobado Alice Chicoy. Hombres no hay muchos en ninguna parte del mundo, como comprueba todo el mundo tarde o temprano.

En el garaje, Juan Chicoy arreglaba neumáticos pinchados, sacaba el aire que bloqueaba los conductos del combustible, limpiaba el polvo duro como el diamante de los carburadores atascados, colocaba diafragmas nuevos en bombas de gasolina con forma de tubérculo y hacía todas esas pequeñas cosas de las que el público aficionado al mundo del motor no sabe nada en absoluto. A estas cosas se dedicaba salvo

entre las diez y media y las cuatro; era durante ese tiempo cuando conducía el autobús, llevando a San Juan de la Cruz a los pasajeros que dejaban en Rebel Corners los grandes autobuses Greyhound y trayéndolos de vuelta desde San Juan de la Cruz a Rebel Corners. Aquí los recogía el Greyhound que salía hacia el norte a las cuatro y cincuenta y seis minutos, o bien el que iba al sur a las cinco y diecisiete.

Durante las ausencias del señor Chicoy por estar de ruta, de sus tareas en el garaje se iban encargando una serie de mozos precoces o jóvenes inmaduros, que venían a ser más o menos aprendices. Ninguno de ellos duraba mucho. Los clientes desprevenidos que llegaban con el carburador sucio no podían imaginar el destrozo que dichos aprendices eran capaces de hacerle a un carburador, y mientras que el propio Juan Chicoy era un mecánico magnífico, sus aprendices solían ser adolescentes gallitos que pasaban el rato entre una y otra faena metiendo monedas en la gramola del comedor y armando trifulcas de poca monta con Alice Chicoy. Estos jóvenes se veían llamados constantemente a la búsqueda de oportunidades, que los atraía siempre hacia el sur, a Los Ángeles y, cómo no, a Hollywood, donde con el tiempo acabarán por congregarse todos los adolescentes del planeta.

Tras el taller había dos pequeñas casetas anexas con enrejados, en una de las cuales se leía «Caballeros» y en la otra «Señoras». A cada una de ellas se llegaba por un sendero, uno de los cuales rodeaba el taller por la derecha, y el otro, por la izquierda.

Lo que definía a Corners y hacía que fuera visible a kilómetros de distancia entre los campos de cultivo eran los grandes robles americanos que crecían junto al taller y el restaurante. Altos y gráciles, con troncos y miembros negros, de un verde vivo en verano, negros e inquietantes en invierno,

estos robles eran todo un hito en el valle extenso y llano. Nadie sabe si fueron los Blanken quienes los plantaron o si simplemente se asentaron junto a ellos. Lo último parece más lógico, en primer lugar, porque no consta que los Blanken plantaran nada que no se pudieran comer, y segundo, porque los árboles parecían de una edad superior a los ochenta y cinco años. Quizá tuvieran doscientos. Por otra parte, quizá sus raíces se encontraban sobre algún pozo subterráneo, lo cual haría que alcanzaran rápidamente un gran tamaño en aquella tierra semidesértica.

Estos grandes árboles daban sombra a la estación de servicio en verano, así que los viajeros aparcaban debajo de ellos, almorzaban y enfriaban sus motores recalentados. La estación de servicio en sí también era agradable, pintada en tonos vivos del verde y el rojo, con una ancha hilera de geranios que rodeaba por completo el restaurante, geranios rojos y hojas de un verde intenso, densas como un seto. La gravilla blanca que había delante y alrededor de los surtidores se rastrillaba y regaba a diario. En el restaurante y en el taller había método y orden. Por ejemplo, en los estantes del restaurante, las sopas enlatadas, las cajas de cereales y hasta los pomelos estaban dispuestos en pequeñas pirámides, cuatro en el nivel inferior, luego tres, luego dos y uno en equilibrio en la parte superior. Lo mismo se podía decir de las latas de aceite del taller, y las correas de ventilador colgaban ordenadamente de sus clavos, dispuestas según su tamaño. Era un lugar muy bien cuidado. Las ventanas del restaurante estaban protegidas contra las moscas, y la puerta mosquitera se cerraba de un golpe cada vez que entraba o salía alguien. Y es que Alice Chicoy odiaba a las moscas. En un mundo que a Alice no le resultaba fácil de soportar ni comprender, las moscas eran la última y malévola cruz con la que tenía que cargar. Las aborrecía con un odio cruel, y la muerte de una mosca

de un golpe de matamoscas, o el que se ahogara lentamente en la capa viscosa de una trampa de papel, era algo que le producía un placer exaltado.

Al igual que Juan solía contar con una serie de aprendices para ayudarlo en el taller, Alice contrataba a una serie de chicas para que la ayudaran en el comedor. Estas chicas desgarbadas, románticas y poco agraciadas —las guapas solían marcharse con algún cliente a los pocos días— no parecían contribuir gran cosa en lo que se refiere al trabajo. Extendían la suciedad por todas partes con la ayuda de trapos húmedos y se dedicaban a soñar despiertas mientras hojeaban revistas de cine y suspiraban junto a la gramola. A la más reciente de ellas se le enrojecían los ojos y se acatarraba a menudo. Se dedicaba a escribir cartas largas y apasionadas a Clark Gable. Para Alice Chicoy, todas ellas eran sospechosas de dejar entrar a las moscas. Norma, la recién llegada, había tenido que sufrir muchas veces la lengua viperina de Alice Chicoy a cuenta de las moscas.

La rutina de la mañana en Corners era invariable. Con las primeras luces del día o, en invierno, antes incluso, se encendían las luces del comedor y Alice ponía en marcha la cafetera (una gran efigie plateada, como una especie de divinidad, que en algún futuro periodo arqueológico podría acabar expuesta como objeto de culto de la raza de los barrófilos, que precedieron a los atomitas, quienes, por alguna razón desconocida, desaparecieron de la faz de la Tierra). El restaurante ya estaba acogedor y agradable para cuando llegaban cansinos los primeros camioneros a desayunar. Luego llegaban los vendedores, que se apresuraban hacia las ciudades del sur a oscuras para poder disponer de una jornada de trabajo completa. Los vendedores siempre se fijaban en los camiones y paraban, pues está muy extendida la creencia de que los camioneros son grandes entendidos en

materia de café y comidas en la carretera. Una vez había salido el sol, llegaban los primeros turistas en sus propios coches para desayunar y conseguir información sobre sus rutas.

A Norma no le interesaban demasiado los turistas que llegaban del norte, pero los que venían del sur, o los que llegaban por el atajo desde San Juan de la Cruz y que podían haber estado en Hollywood le fascinaban. En cuatro meses, Norma había conocido en persona a quince visitantes que habían estado en Hollywood, a cinco que habían estado en un plató y a dos personas que habían visto a Clark Gable cara a cara. Inspirada por las dos últimas, que llegaron muy seguidas, escribió una carta de doce páginas que comenzaba «Querido señor Gable» y terminaba «Con amor, una amiga». A menudo le estremecía la idea de que el señor Gable pudiera enterarse de que la había escrito.

Norma era una chica fiel. Que fueran otras, las tontilocas con la cabeza a pájaros, las que se dedicaran a perseguir a los advenedizos, a los Sinatra, los Van Johnson, los Sonny Tufts. Incluso durante la guerra, época en la que no se rodaron películas de Gable, Norma se había mantenido fiel y había mantenido vivo su sueño con una foto en color del señor Gable en traje de piloto y con dos cintos de munición del calibre 50 sobre los hombros.

A menudo se burlaba de Sonny Tufts. A ella le gustaban los hombres mayores de rostro interesante. A veces, mientras pasaba el trapo húmedo de aquí para allá sobre el mostrador, sus ojos soñadores quedaban fijos sobre la puerta mosquiteira, sus párpados caían poco a poco y se quedaba un momento con los ojos cerrados. Entonces se podía estar seguro de que en el jardín secreto de su mente, Gable acababa de entrar en el restaurante, había perdido el aliento al verla y se había quedado ahí plantado, con la boca ligeramente entreabierta y, en sus ojos, la certeza de que estaba ante la

mujer de su vida. Y a su alrededor, las moscas entraban y salían con impunidad.

Nunca fue más allá de eso. Norma era demasiado tímida. Además, no sabía cómo manejarse en casos semejantes. De hecho, para ella la seducción había consistido en una serie de combates de lucha libre en el asiento trasero de un coche con el objeto de conservar la ropa. Hasta el momento había ganado a base de pura concentración. Estaba convencida de que el señor Gable no solo no haría ese tipo de cosas, sino que tampoco le harían gracia si oyera hablar de ellas.

Norma llevaba la ropa de trabajo que vendían en las tiendas National Dollar Stores, aunque, por supuesto, tenía un vestido de satén para las fiestas. Si se miraba atentamente, sin embargo, siempre se podía descubrir algún pequeño toque primoroso incluso en sus ropas de trabajo. Su broche de plata mexicano, una representación de la piedra del calendario azteca, le había correspondido en el testamento de su tía después de que Norma cuidara de ella durante siete meses. Lo que le habría gustado heredar en realidad era la estola de piel de foca y el anillo de perlas barrocas y turquesa, pero acabaron yendo a parar a otra rama de la familia. Norma tenía también un collar de pequeñas cuentas de ámbar, regalo de su madre. Nunca llevaba el broche mexicano y el collar a la vez. Además de lo dicho, Norma poseía dos piezas de joyería que eran de lo más extravagante, y era bien consciente de ello. En el fondo de su maleta tenía un anillo de boda con un baño de oro y un anillo de diamante gigantesco de tipo brasileño, que juntos le habían costado cinco dólares. Solamente se los ponía al acostarse. Por la mañana se los quitaba y los ocultaba en la maleta. Nadie en el mundo sabía que los tenía. En la cama, se quedaba dormida dándoles vueltas sobre el anular de la mano izquierda.

La disposición de las partes dedicadas a vivienda y dormitorios en Corners era sencilla. Directamente detrás del comedor había un cobertizo adosado. La puerta que había al final del mostrador del comedor daba al salón-dormitorio de los Chicoy, en el que había una cama de matrimonio con una colcha bordada, una consola de radio, dos sillones acolchados de más y un sofá —conjunto que recibe el nombre de *suite*— y una lámpara de lectura de metal con una pantalla de vidrio jaspeado verde. A la habitación de Norma se accedía a través de esta, pues Alice tenía la teoría de que a las chicas jóvenes había que vigilarlas un poco y no permitir que se desmandaran. Para ir al cuarto de baño Norma tenía que pasar por la habitación de los Chicoy. O eso, o bien salir por la ventana, lo cual solía hacer a menudo. La habitación del aprendiz de mecánico estaba junto a la de los Chicoy por el otro lado, pero él disponía de una entrada exterior y usaba el cubículo empujado rotulado «Caballeros» que había detrás del taller.

Era un conjunto agradable de edificios, funcional y agradable. El Rebel Corners de la época de los Blanken había sido un lugar mísero, sucio y de poca confianza, pero aquí los Chicoy habían logrado prosperar. Había dinero en el banco y una cierta seguridad y felicidad.

Esta isla cubierta de grandes árboles se podía divisar a kilómetros de distancia. Nadie tuvo que buscar nunca indicaciones en la carretera para saber cómo llegar a Rebel Corners o a la carretera que iba a San Juan de la Cruz. En el gran valle, los campos de cereales se extendían hacia el este, hasta las estribaciones y las montañas altas, y hacia el oeste terminaban más cerca, en las suaves colinas donde se acurrucaban los robles de Virginia formando islas negras. En verano aquel calor amarillo brillaba, quemaba y refulgía sobre las colinas ardientes, y la sombra de los grandes árboles que cubrían Corners hacían del lugar un rincón buscado y para el

recuerdo. En invierno, cuando llegaban las grandes lluvias, el restaurante era un refugio cálido que ofrecía café, frijoles con chile y tartas.

Bien entrada la primavera, cuando la hierba estaba verde sobre los campos y estribaciones del monte, cuando los altramuces y las amapolas pintaban la tierra de espléndidos tonos azulados y dorados, cuando los grandes árboles se despertaban entre hojas nuevas de un amarillo verdoso, no había lugar más bello en el mundo.

No era una belleza que se pudiera ignorar por estar acostumbrado a ella. Te agarraba del cuello por la mañana y causaba un dolor placentero en la boca del estómago al ponerse el sol sobre ella. El olor dulce de los altramuces y de la hierba alteraba el ritmo de la respiración, inducía a jadear de un modo casi sexual. Fue durante una de estas temporadas de floración y crecimiento, aunque antes de la primera luz del alba, cuando Juan Chicoy salió y se dirigió al autobús con un farol eléctrico en la mano. Pimples² Carson, su aprendiz de mecánico, venía tras él, trastabillando, soñoliento.

Las ventanas del comedor estaban todavía oscuras. Ni siquiera había comenzado a aparecer un tono gris sobre los montes del este. Era tan de noche que los búhos no habían dejado de ulular sobre los campos. Juan Chicoy se acercó al autobús aparcado ante el taller. A la luz de la linterna tenía el aspecto de un gran globo de ventanas plateadas. Pimples Carson, que en realidad no había despertado aún, se quedó ahí con las manos en los bolsillos, tiritando, no porque hiciera frío, sino por el mucho sueño que tenía.

Una ráfaga suave de viento pasó sobre los campos y trajo el olor de los altramuces y el olor de una tierra que emanaba vida en un arrebato productivo.

² «Granos».

CAPÍTULO 2

La linterna, con un reflector plano orientado hacia abajo, solo alumbraba bien las piernas, pies, ruedas y la parte de los troncos de los árboles que quedaba cerca del suelo. Cabeceaba y se balanceaba, y la pequeña bombilla incandescente era de un blanco azulado cegador. Juan Chicoy la llevó hasta el garaje, sacó un manojito de llaves del bolsillo del peto, encontró la que abría el candado y abrió las hojas del portón. Encendió la luz superior y apagó la linterna.

Cogió una gorra de mecánico a rayas de su mesa de trabajo. Llevaba un peto Headlight, con grandes botones de latón en la pechera y pasadores a los lados, y por encima del mismo una chaqueta negra de piel de caballo con los extremos de las mangas y el cuello de punto negros. Los zapatos eran duros y de puntera redonda, con unas suelas tan gruesas que parecían infladas. Una antigua cicatriz en la mejilla, junto a su gran nariz, se veía como una sombra bajo la luz que llegaba del techo. Se pasó los dedos por la espesa cabellera negra para recogerla toda bajo la gorra de mecánico. Sus manos eran breves, anchas y fuertes, con unos dedos cuadrados y uñas gastadas por el trabajo, retorcidas y surcadas por los martillazos que habían recibido. Al dedo anular de la mano izquierda le faltaba la falangeta, y ahí donde había sido amputado el dedo la carne se abultaba un poco en forma de hongo. Este pequeño apéndice en forma de bola era reluciente y de una textura diferente a la del resto del dedo, como si la articulación quisiera convertirse en la punta de un dedo, y en este dígito lucía una alianza gruesa de oro, como

si, al no servir ya para trabajar, fuera aceptable emplearlo para llevar un adorno.

Un lápiz, una regla y un indicador de presión para neumáticos le asomaban de un pequeño bolsillo de la pechera del peto. Juan iba afeitado, pero del día anterior, y a ambos lados de la barbilla y el cuello, la barba que le salía era entrecana y blanca como la de un Airedale viejo. Resultaba tanto más aparente al ser el resto de la barba de un negro tan intenso. Entornaba sus ojos negros y joviales a la manera de quien fuma y no puede sacarse el cigarrillo de la boca. Y la de Juan era una boca generosa, relajada, con un labio inferior que sobresalía ligeramente, no con petulancia, sino con humor y un aire de confianza en sí mismo, y el labio superior bien formado salvo en una parte hacia la izquierda, en la que sobre el tejido rosáceo tenía una cicatriz profunda, casi blanca. El labio debió de quedar cortado por completo alguna vez, y ahora aquel hilo blanquecino, delgado y tirante constreñía el grosor del labio y lo hacía rebosar sobre un par de pequeños pliegues a cada lado. No tenía las orejas muy grandes, pero le sobresalían marcadamente de la cabeza, como conchas, o colocadas en el ángulo en el que las sostendría alguien con la mano si quisiera oír mejor. Juan parecía escuchar siempre con atención, a la vez que sus ojos medio cerrados parecían reírse de lo que oía y la mitad de la boca mostraba desaprobación. Sus movimientos eran precisos, incluso cuando no hacía nada que requiriera precisión. Caminaba como si se dirigiera a algún lugar muy determinado. Movía las manos de forma veloz y precisa, y nunca enredaba con cerillas ni con clavos. Tenía los dientes largos, y a uno y otro lado los tenía de oro, lo que confería una cierta ferocidad a su sonrisa.

Ante la mesa de trabajo, descolgó unas herramientas de sus clavos y las colocó en una caja larga y aplanada:

llaves inglesas, alicates, varios destornilladores, un martillo neumático y un sacabocados. Junto a él, Pimples Carson, todavía muy adormilado, apoyaba el codo sobre la madera aceitosa de la mesa. Pimples llevaba el jersey andrajoso de un club de motociclismo e iba tocado con la copa de un sombrero de fieltro al que se le habían quitado las alas con un corte en forma de dientes de sierra. Era un muchacho de diecisiete años, desgarbado y escurrido, con los hombros estrechos, una nariz larga y zorruna y unos ojos apagados por la mañana que más tarde resultaban ser de un marrón verdoso. Tenía una pelusa dorada sobre las mejillas, mejillas que tenía surcadas, acribilladas y erosionadas por el acné. Sobre las cicatrices viejas se le iban formando pústulas nuevas, moradas y rojas, unas que surgían y otras que remitían. Tenía la piel reluciente por los productos que vendían para tratar el problema y que no servían para nada.

Pimples llevaba unos vaqueros ajustados, tan largos que las perneras tenían un dobladillo de veinticinco centímetros. Estaban sujetos a su estrecha cintura por un cinturón de cuero ancho y hermosamente labrado con una hebilla gruesa y grabada en la que había incrustadas cuatro turquesas. Mantenía las manos junto a los costados todo lo que podía, pero a su pesar los dedos acudían a sus mejillas horadadas hasta que se daba cuenta de lo que estaba haciendo y las volvía a bajar. Había escrito a todas las marcas que anunciaban curas para el acné y había ido a ver a muchos médicos, quienes sabían que no podían curarle, pero también que probablemente se le pasaría en unos pocos años. Aun así, le recetaban ungüentos y lociones, y uno de ellos le había puesto a hacer una dieta de verduras.

Tenía los ojos alargados, estrechos y rasgados como los de un lobo adormilado, y a aquella hora temprana de la mañana los tenía casi sellados por las legañas. Pimples poseía una

capacidad prodigiosa para el sueño. Si se le dejaba a su aire, podía pasar casi todo el tiempo durmiendo. La totalidad de su organismo y de su alma era un campo de batalla particularmente virulento de la adolescencia. Su concupiscencia era constante, y cuando no era de naturaleza directa y abiertamente sexual, discurría por los canales de la melancolía, de un sentimentalismo profundo y lacrimógeno o de una intensa y almizclada religiosidad. Su mente y sus emociones estaban como su rostro: en constante erupción, siempre irritadas y en carne viva. Pasaba por momentos de violenta pureza en los que aullaba contra su propia depravación, y estos normalmente eran seguidos por episodios de vagancia melancólica que le dejaban casi completamente postrado. De la depresión pasaba al sueño. A un sueño opiáceo que le dejaba drogado y apagado por bastante tiempo.

Aquella mañana llevaba unos zapatos *oxford* bicolores con adorno perforado, blancos y marrones, sin calcetines, y en los tobillos, hasta donde se los veía asomar bajo el dobladillo de las perneras vueltas hacia arriba, llevaba manchas de mugre. En sus periodos depresivos Pimples estaba tan postrado que no se bañaba muy a menudo, ni comía apenas. La copa del sombrero de fieltro con sus cortes tan parejos no tenía en realidad fines estéticos, sino que servía para mantenerle apartado de los ojos el largo cabello castaño y protegerlo de la grasa cuando trabajaba debajo de un coche. Ahora observaba con aire embobado y ausente cómo Juan Chicoy guardaba las herramientas en la caja mientras su mente iba dando tumbos entre grandes nubes esponjosas de sueño, poderosas casi hasta la náusea.

—Conecta el cable largo de la luz. Vamos, Pimples. ¡Venga ya, despierta! —dijo Juan.

Pimples pareció sacudirse como un perro.

—No consigo espabilarme —aclaró.